Llenos de rabia

Erick Benites

Para M. J.,
porque ella es la estrella que quiero seguir.

Priest: ... ask yourself if that corpse of a slut is worth dying for.
Marv: Worth dying for.
[shoots priest]
Marv: Worth killing for.
[shoots him again]
Marv: Worth going to hell for.
[shoots him again]
Marv: Amen.

Sin City
Frank Miller

Primer corte

I

Un maletín y unas cajas la acompañaban el día que apareció en la casa de su madre después de casi once meses de matrimonio. Taís también cargaba con un rostro demacrado por haber esperado día tras día. Pero lo más extraño eran sus ojos; estaban secos como un par de ladrillos en una azotea. Se había cansado de llorar su pérdida. Martín no iba a volver y esa era una realidad a la cual tenía que acostumbrarse. Desde su desaparición, no se supo ni de su sombra, aunque Taís contó que había recibido llamadas telefónicas en las cuales la persona, al otro lado de la línea, daba señales de vida a partir de una respiración que iba acelerando conforme los minutos pasaban, hasta convertirse en un proceso complejo y agitado en el cual, según ella, podía escuchar los latidos exaltados de un corazón que le pertenecía. Nadie quiso discutir acerca de las

llamadas o siquiera ahondar un poco más para llegar a los supuestos latidos. Su aparente calma era un velo disimulando la locura y la desesperación que en ese momento la controlaban.

Su madre la condujo escaleras arriba hasta llegar a su antigua habitación. El lugar era un recuerdo casi preciso de lo que ella había dejado al irse. Las paredes tenían los mismos pósteres, la mesa de noche tenía la misma foto de Martín y ella sonriendo en algún lugar que el visor mostraba desenfocado. La cama había sido distendida con el propósito de que vaya derecho a descansar y olvidar por unas cuantas horas quién era. De repente en sueños era alguien distinto, alguien que no tenía que enfrentar la soledad de una manera tan cruda. Al recostarse sobre su cama de soltera, Taís empezó a temblar. Su madre después de verla se alteró un poco y prefirió sacar unas píldoras para ayudarla a dormir. La infalible receta contra todos los males de este mundo que administraba la madre de Taís volvió a dar resultado, con una dosis superior a lo que ella establecía normalmente. Su hija necesitaba algo más fuerte para poder llegar a un sueño profundo, sin personajes sin trama ni recuerdos, al punto de ser un apagón donde solo importaría el momento en que vuelva a abrir los ojos, porque lo demás antes de eso sería una pantalla negra frente a su rostro.

Al comprobar que Taís estaba completamente sedada, fue corriendo al cuarto de Carol, la menor de sus hijas, para decirle que no subiera mucho el volumen de su radio.

– Déjalo así; en esta casa las paredes son de utilería —le dijo desde el umbral de la puerta.

– Ya, mamá.

– Ni siquiera me has preguntado por tu hermana. Yo no las he criado de esa manera.

Carol no le dio mucha importancia al hecho de que su hermana estuviera postrada a pocos metros de ella, porque continuó escuchando música.

Las empleadas que estaban conversando en la cocina, fueron calladas de manera violenta. Ella solo quería un lugar a prueba de ruidos, por lo menos hasta que su hija se despertara. Un lugar en el cual incluso los susurros húmedos de las cañerías se quedaran dentro de las paredes. Tenía una segunda oportunidad con Taís y esta vez no iba a cometer los mismos errores que la hacían des-

pertarse cuando solo tenía tres horas de sueño y cuatro pastillas en el sistema; esta vez tenía que hacerlo mejor.

2.

Miraba la televisión.

En realidad Tacher no la miraba; era un casete de VHS de la decena que tenía dentro de un cajón. Los sacaba un par de veces por semana para revisarlos. Quería encontrar alguna pista de la próxima temporada. A veces se aburría porque los rastros eran obvios, pero en otras ocasiones los datos se podían enlazar con lo que venía. Diálogos, apariciones de personajes que se creían muertos o una escena que no tenía que estar ahí para el ojo poco entrenado o sin mucho *background*, lo dejaban tranquilo.

Tampoco era cierto que prestaba total atención a las imágenes de la pantalla. No tenía por qué. Se sabía de memoria los guiones y la continuidad de las escenas de *Ángel.* Esa temporada, la número dos, también estaba grabada en su cabeza junto con los cortes comerciales.

Tacher estaba echado sobre la cama jugando con su navaja Victorinox. Fue un regalo de su padre al cumplir los doce años, que su madre escondió para que no dañara la casa.

– ¿Para qué le das eso? Se puede lastimar —le dijo al padre de Tacher.

– A mí me dieron una a su edad.

– Todavía es inmaduro.

Durante un par de años, Tacher le preguntó a su madre cuándo era el momento indicado para devolverle la navaja. «Compórtate y será pronto», le explicaba; sin embargo, el regalo permaneció escondido en uno de los rincones de la casa y de esa manera se mantuvo por mucho tiempo.

A los dieciséis tuvo la navaja entre sus manos. El acero brillaba cuando la luz de un foco rebotaba sobre él, pero para esa época ya no importaba, ni el filo que la hacía tan peligrosa al contacto con cualquier superficie, ni el símbolo de la Swiss Army, porque su padre había muerto hace poco. Había comenzado con una tos imparable en la madrugada y a las cinco estaba camino a la clínica.

Cuando Tacher y sus hermanas fueron a visitar a su padre, los separaba un vidrio colocado en la puerta. No lo pudieron ver del todo; tenía un respirador tapándole mitad del rostro, una sábana que lo cubría del cuello a los pies y al único brazo destapado, el derecho, le colgaba una manguera con una aguja al final del trayecto que penetraba su piel.

Duró poco en la clínica.

El infarto se produjo en cuestión de segundos y no pudieron rescatarlo. Era algo que no tenía vuelta atrás. Al parecer no quiso seguir luchando. La agonía fue un arma que nunca utilizó, según le insinuaron los doctores que estuvieron dentro del quirófano a la madre de Tacher.

Una sola idea rondaba la cabeza de Tacher: clavar la Victorinox en el pecho de Martín. Taís estaba desecha por su culpa. No había nada más que hacer. La manera en que había dejado a su hermana era inaceptable. Un escupitajo para esa casa. Él iba a tomar el lugar de su padre, un lugar que al parecer no hubiera protegido con mucha voluntad, porque según Tacher, se dejó morir y ni siquiera pensó que la agonía sería una artimaña, que después podría transformar en otra cosa igual de eficiente para seguir defendiendo a sus hijos.

Tacher guardó la navaja en un cajón de su mesa de noche, apagó la televisión y enrumbó a la habitación de su hermana. Quería saber cómo estaba. Si necesitaba algo de él, pero cuando llegó solo pudo percatarse del bulto que estaba debajo de la sábana. Ella se encontraba en un sueño profundo y protegida por la penumbra. Esto lo hizo retroceder para volver a su cuarto.

3

La única familia que Martín tenía en Lima eran sus abuelos.

Taís esperaba que estuviera con ellos. Montó en su cabeza la escena que se iba a interpretar cuando lo encontrara allí. Le pediría disculpas por lo que había pasado y el diálogo iría tal y como ella lo planeó. Tenía estudiadas todas las variables posibles, porque conocía a Martín:

– Regresa a casa —le diría casi suplicando.

– No puedo, Taís. Es demasiado para mí —Martín no la podría mirar a la cara.

– Pero eres mi esposo.

– Para lo bueno y lo malo según recuerdo.

– ¿Lo ves? –Taís esbozaría una mínima esperanza.

– Pero esto no es ni bueno ni malo. Es peor.

Las palabras que empleaba Martín no eran las que ella imaginó en un primer momento. De una manera sutil cambiaron. Se volvieron ácidas y sin ningún tipo de esperanza. En cierto punto hubo un quiebre; el personaje que creó Taís se transformó en un desconocido, soltando palabras que ella nunca hubiera puesto en el guión. El ensayo se desmoronó.

Seguía parada esperando que alguno de los abuelos de Martín abriera y que la mala experiencia que tuvo con esas líneas de telenovela, se fuera. Escuchó el cerrojo deslizarse y segundos después se abrió la puerta. Era la abuela quien la recibía. Le preguntó por su nieto y la frustración entró por el cuerpo de Taís como una mecha prendida buscando dinamita.

La explosión fue interna.

Los daños se notaron cuando Taís sujetó el brazo de la anciana:

– Hija, ¿estás bien?

– Creo que me mareé un poco, pero me está pasando.

La abuela la llevó a una de las habitaciones de la casa.

Martín vivió en la casa de sus abuelos desde niño; su madre decidió viajar a Australia para trabajar. La veía una o dos veces al año. No quería perder el nexo que tenía con su hijo, aunque las cosas cambiaron abruptamente cuando se casó con el novio que tenía al otro lado del Pacífico; tuvo otra familia y las visitas de la madre de Martín se convirtieron en llamadas telefónicas, para luego terminar siendo correos electrónicos de líneas cada vez más reducidas con solo lo esencial y de vez en cuando un par de fotos que daba soporte a las palabras que aparecían en la pantalla.

Habían pasado unos minutos cuando Taís se percató de que estaba en la antigua habitación de Martín. Ese fue el lugar donde él le pidió matrimonio. La propuesta fue un baldazo de agua helada para ella. No estaba preparada para responder y a lo único que

atinó fue a soltar un par de lágrimas que confundieron a Martín, porque no sabía si era de emoción o una manera de zafarse del compromiso y quedar como una víctima de la circunstancia. Taís también quería casarse, pero no lo podía hacer hasta ser brutalmente sincera con él.

Martín se quedó mudo después de escuchar a Taís, sin embargo, la aceptó y le dijo que nada de eso importaba; estaba en el pasado y se debía quedar enterrado ahí, junto con el resto de recuerdos que la acosaban. Sacó una pulsera con cristales en forma de rombo y agarró la muñeca de su prometida para ponérsela. Ella esperaba un anillo, pero después de observar lo que rodeaba esa parte de su brazo y lo que prometió Martín quedó más tranquila: «Los cristales son transparentes y nos van a unir para siempre». En ese momento esas palabras sonaron inacabables, como el eco que rebota dentro de una cueva hasta perderse en la profundidad. Taís se proyectó canosa y con un montón de enfermedades de viejos, a él lo veía parado frente a la taza del inodoro teniendo problemas para orinar.

– ¿De qué te ríes? —le preguntó Martín.

– De nosotros.

Pero «siempre» solo duró once meses.

Mientras Taís estaba echada en la cama de su esposo, escuchó el timbre del teléfono una y otra vez. Nadie lo contestaba. Salió del cuarto para saber dónde estaba la abuela. No la encontró. Tomó el auricular y después del aló aguardó una respuesta. Definitivamente podía sentir que había alguien. Repitió el aló unas cuantas veces más, después lo cambió por un «¿quién es?».

– Martín, sé que eres tú. Háblame, maricón. Háblame, por favor.

Perdió el control que había conservado hasta el momento. La insania tomó su lugar y la obligó a aventar el auricular contra la pared y salir corriendo de ahí.

Después de huir de esa casa y recorrer un par de cuadras sin darse cuenta qué dirección tomaba, decidió nunca más volver, porque la abuela sabía más de lo que aparentaba. También estaba al tanto de que ya no podía estar otro día en el departamento de recién casados. No tenía sentido.

4

Fue a su habitación con el diario asolapado en la axila. Pasó página por página hasta encontrar la sección de anuncios. Esa parte era una especie de laberinto que debía seguir si quería encontrarla. Intentó hacerlo a partir de un método que tenía de probabilidad y de descarte. Marcaba con un círculo los recuadros que informaban acerca de chicas en la misma zona donde había sido su encuentro, después revisaba el precio de cada una de ellas, dando un margen al monto que acordaron.

Dijo que se llamaba Luna.

Tacher pedía que lo comunicasen con cualquiera que estuviese usando ese nombre, porque la voz de alguna de ellas podía traer la dulce promesa de que su búsqueda había terminado.

Después de que Tacher sacó el dinero y Luna lo guardó en su cartera, ella comenzó a desvestirse. Era verano y solo usaba un vestido floreado. Su cuerpo estaba en mejor forma que el de cualquier otra mujer que hubiera frecuentado; era delgada y su abdomen no tenía ningún corte de cesárea como lo había visto antes. Sin embargo, conservaba el miedo de que sus ojos se desorbiten sistemáticamente, como los de la última chica, quien tragaba anfetaminas antes de estar con un hombre y le había tirado un par de cachetadas durante la sesión. Aunque a Tacher le pareció exótico aquella vez, le dijo que él no había pagado por ese servicio.

Luna lo acarició con calma mientras le besaba el cuello. Tacher sintió que para ella, él no era un cliente más que viene a la mitad de la tarde, sino el descanso después de una ardua jornada, el premio que ella se daba por dedicarse intensamente a lo que hacía. Tacher estaba cómodo echado sobre la cama, no le importó que las paredes hubieran sido improvisadas con tripley y se escuchara los gemidos al otro lado. Él quería que ese momento se prolongara más de la media hora que costeó, para que la lengua de Luna permaneciese arrastrándose sobre su oreja. Después le colocó un condón sin buscar protuberancias o colores que delataran una enfermedad en la superficie del pene. Las demás chicas siempre estaban en busca de padecimientos:

– Si tiene manchas o la «cabeza» está muy hinchada, mejor se la lamo un rato. Mi boca me ha salvado de muchas infecciones –

le contó una puta convencida de las propiedades milagrosas de su saliva, mientras remojaba en alcohol sus pelos púbicos.

La penetración no importó y menos cómo Luna se movía mientras estaba encima de él; en su cabeza solo quedaron grabados los besos y las caricias. Para él, era algo más, porque su dinero no alcanzaba para tanto. Ese momento arrancó a Tacher del presente y lo llevó a un estado de calma que debería conservar a toda costa. Entre el gran número de prostitutas que había frecuentado, ella era la única que lo había dejado con ganas de quedarse en la cama después de deshacerse del condón. Quería seguir en el campo de batalla sin armadura, con la única misión de contar su lucha y recrear, una y otra vez, lo placentero que había sido, pero Luna tenía otros planes:

– Si quieres orinar, el baño está allá —señaló una puerta detrás de ella mientras se vestía.

– ¿Siempre estás los miércoles a esta hora?

– Ya no voy a trabajar aquí.

– ¿Cómo te ubico? Dame el número de tu casa. —Tacher sintió un abismo al filo de sus pies.

– Nunca sé dónde será. Siempre me lo dicen a último minuto para evitar lenguas largas.

Después de que Tacher se amarró las zapatillas, tocaron la puerta y la voz de quien cuidaba a las chicas le avisó a Luna que la media hora había concluido. Ella lo observó y al parecer, si es que ordenaba de una manera más práctica sus ideas y le daba otra vuelta de tuerca a la primera impresión que tuvo acerca de ese chico, era un candidato más para que ayudara a seguir por un tiempo más en ese lugar. Su conducta pudo ser un tanto nerviosa, pero Luna vislumbraba una posibilidad por la desesperación que tuvo al pedirle el número de su casa. Esta vez no se le pasaría alguien así.

Se convirtió en uno más de los elegidos para frenar, por lo menos por un tiempo, la amenaza que la acosaba.

Antes de que Tacher atravesara el umbral, Luna le dio un trozo de papel y cerró la puerta en su cara. Salió desconcertado, con el mensaje arrugado dentro de su puño y lo observó después de caminar un par de cuadras.

5

La amenaza que perseguía a Luna

Grupo de jóvenes que tiene como fin masturbarse y lucrar gracias a la extorsión. Instalan cámaras cerca de prostíbulos y filman a los clientes. Luna y sus compañeras eran —sin darse por enteradas— las estrellas del onanismo de quienes manipulaban los videos. Luna y el resto de las putas estaban angustiadas porque tenían que cambiar de local cada vez que notaban que habían montado equipo para vigilarlas día y noche.

6

Carol cayó en la cuenta de que la culpa era de su hermana, sin embargo, salió de su habitación para ver cómo le iba. Seguía sobre su cama, casi inerte. El único signo de vida era su respiración, que parecía estar en sincronía con el insignificante movimiento de la sábana que la tapaba. La observó un par de minutos, sin que la pena recorriera un centímetro de su cuerpo.

A partir de ese momento, tenía que ser distante con Taís.

Poco tiempo después de que el padre de Carol muriera, su familia comenzó un largo retiro encerrada en sus habitaciones; solo salían para almorzar o ir al baño. Su madre parecía ausente, porque una empleada siempre le llevaba los platos de comida, para poder soportar las pastillas en las paredes del estómago. Tacher se levantaba después del mediodía y se ponía a ver televisión hasta que la noche cayera de nuevo. Todos en esa casa se convirtieron en una cinta de VHS que por más que la retrocedieras y avanzaras, siempre arrojaría las mismas imágenes y sonidos. Carol era muy niña para comprender el fenómeno en su plenitud y esperaba que la misma cinta diera resultados distintos.

La primera en salir del estado comatoso que envolvía la casa fue Taís: conoció a Martín en la fiesta de una de las pocas amigas que tenía. La casa estaba llena de gente que había visto un par de veces y de otras que por primera vez aparecían en su vida. Taís guardó las apariencias durante un par de horas; conversó con los

conocidos y tomó un par de cervezas. Pero luego la culpa y el dolor de pecho que fue bajando desde su garganta en forma de nudo, comenzaron a hacer de ella una persona con remordimientos. Se preguntó si su madre y Tacher habían pensado siquiera en abandonar la pena que sentían.

Tenía que irse de la fiesta y lo hizo resignada, sin mirar atrás.

Alguien al otro lado de la sala se percató de su presencia desde que llegó. La siguió por el pasadizo que desembocaba en la calle. El sonido de la reunión era un eco de fondo cada vez más distante y confuso.

– ¿Ya te vas? —le preguntaron.

– ¿Quién eres?

– Martín. ¿Y tú?

Ella dijo su nombre y caminó dejándose guiar por las luces de los autos a un par de cuadras más allá, con la esperanza de conseguir un taxi.

Martín la acompañó sin habérselo pedido.

El trayecto transcurrió en silencio, hasta que él le paró un taxi y le pidió su dirección para ubicar al chofer. Abrió la puerta y cuando ella se dio cuenta de lo que pasaba, Martín estaba sentado a su lado.

– Me podía ir sola.

– Lo sé, pero por si acaso.

Hace tiempo que Taís no sentía a una persona tan segura con una situación en las que tenía todas las de perder.

Después de dejarla en su casa, la hizo prometer que al día siguiente saldría con él.

Martín y Taís empezaron una relación después de una semana de su primera cita. Con él se acabaron las largas temporadas en su habitación, echada con una almohada sobre la nuca. Martín iba a la casa de su nueva chica a diario. Y se quedaban en la sala conversando, y tocándose cuando nadie pasaba por ahí.

Desde que su hermana empezó a salir con ese chico, las cosas se mostraban distintas a los ojos de Carol. El estancamiento en que estaba sumergida su familia parecía acabar. Martín era la cuerda que sacaría a esa casa del fango. La vieja cinta que retrocedía y avanzaba para buscar una escena de cambio en el desenlace, fue encontrada, y los llevaba por un final alternativo. Carol se encari-

ñó con Martín; le recordaba al Tacher que ella conoció cuando era más niña, cuando su hermano mayor era quien la hacía reír y miraba dibujos animados con ella los sábados desde las siete de la mañana. Tacher tomó esa actitud, porque nadie más lo hacía. Para su padre Carol era alguien que rompía cierto código que enlazaba a los demás miembros de su familia. Ella siempre se sintió como un personaje improvisado que aparece en las últimas temporadas de una *sitcom*, para darle cierto interés, pero nunca lograba su propósito.

Carol no sabía exactamente por qué Martín se largó.

Su hermana tenía algo de culpa; sino sería algo más que el fardo lleno de derrota y arrepentimiento que estaba sobre esa cama.

Durante los minutos que habían pasado desde que entró a la habitación, Taís se había convertido en algo hipnotizante para Carol. No podía despegar los ojos de ella. La letanía de su cuerpo poseía la misma facultad de los relojes de bolsillo que usan los ilusionistas para dejarte en estado catatónico.

Al salir del trance, Carol intentó dejar el cuarto en silencio, pero las cajas que estaban alineadas sobre el suelo se lo impidieron. Eran idénticas a las que encontró en la sala después de que Taís había regresado. Pensó que de seguro esas mismas cajas ayudaban a formar la línea que bordeaba los pies de la cama.

7

La delgada capa de polvo que se había acumulado en la superficie de los objetos, todavía no transformaba el departamento en un lugar abandonado; solamente daba la impresión de que sus habitantes estaban en unas largas vacaciones y que regresarían en cualquier momento para quitarle a los adornos ese aspecto grisáceo.

La madre de Taís abrió las ventanas. El aire atrapado durante semanas fue poco a poco reemplazado por otro sin olor a depósito. Después de que terminó de darle a la sala un respiro necesario, se dirigió a la habitación de su hija y de Martín. Los cajones del armario todavía tenían las cosas de ambos.

Colocó las cuatro cajas que había llevado encima de la cama y comenzó por depositar en una de ellas la ropa de hombre. Si Mar-

tín quería lo suyo no tendría la oportunidad de hacerlo viniendo al departamento de una manera clandestina. Sus pertenencias estarían donde su suegra hasta que él se atreviera a recuperarlas.

Serían varios días, varios taxis y varias cajas para poder llevar el cargamento de la pareja. Sin embargo, ella solamente quería a su hija de nuevo en casa. No le preocupaba que casi no diera señales de vida. La primera vez fue de esa manera y, a su parecer, Taís se recuperó. Tomó un largo tiempo, pero lo hizo: regresó de la clínica un par de días después. Su padre la sostenía del brazo y la llevó hasta su habitación. Su rostro lucía demacrado. La bata blanca no ayudaba a disimular la palidez de su piel. Necesitaba más días de calma. Lo que iba a ser un procedimiento poco riesgoso se complicó gracias a una hemorragia. Taís estaba obligada a un reposo absoluto. Los eventos habían resultado más enredados de como se avizoraron en un principio. Cuando cerró la puerta de la habitación de su hija, el padre de Taís llamó a Tacher para poder conversar con su esposa y con él en el comedor.

Tacher estaba en su cuarto cuando escuchó el grito apagado de su padre. Sabía que su hermana estaba de vuelta. En ese tiempo todavía era un púber que creía en Dios y los santos, así que hizo la señal de la cruz antes de salir y experimentar la tormenta. Los tres se sentaron a la mesa. El contacto visual parecía una tarea imposible. El padre, sin mirar a nadie aún, comenzó por poner en claro las reglas que se iban a seguir:

– Es la última vez que hablamos de esto. El asunto está enterrado. —Se sorprendió de no poder encontrar palabra más exacta que aquella. «Enterrado» parecía ser lo correcto.

– La gente no lo puede saber —dijo la madre de Tacher. Estaba calmada, porque cuando se enteró de la noticia era una especie de aparato que emitía gritos y temblaba.

Los pensamientos no podían ordenarse dentro de la cabeza de Tacher. Cada vez que tenía una oración a cuestas la despedazaba. Cualquier idea que podía exponer le parecía estúpida ante tal situación. Se tuvo que quedar callado, escuchando las normas que su padre había impuesto para que lo «enterrado» no saliera a la superficie.

El padre y la madre de Tacher querían que los sucesos se blindaran con una lámina impenetrable de misterio. Nadie más podía

enterarse de lo que había pasado. A partir de ese momento idearon un pacto que los haría permanecer juntos, distantes y con la boca cerrada. «Es raro lo que une a las familias», pensó la madre de Tacher. «Algunas veces es lo que se guarda al fondo de un cajón.»

Al parecer, Taís quedó tan normal como lo había percibido la escala de cordura de su madre. Era muy pronto para poder vaticinar un matrimonio fallido o la desaparición de un esposo cuando la noche era más negra y pesada. Esas opciones no eran aterradoras por situarse en un espacio/tiempo lejano.

El abandono provocado por Martín era distinto.

No podía esconderse; igual buscaría el camino para salir y ubicarse en un lugar visible. Y cuando se luciera frente a cualquier persona, quedaría como un sello de agua sobre la frente de los afectados. La madre de Taís no podía esconder lo que le estaba pasando a su hija. Tarde o temprano el mundo iba a enterarse de la noticia. Estaba con las manos atadas para detener la ola de chismes que se desataría alrededor de su familia.

La estrategia para proteger a su hija tenía que ser distinta. No se podía dejar en el fondo de un cajón hasta que solo fuera el naufragio de una pesadilla. Observó detenidamente las cajas que acababa de llenar con las cosas de Martín. Las analizó no como objetos unitarios que cumplían una misión por sí solos, sino como piezas de algo más grande y complejo que podía ayudar a proteger a la persona que ahora estaba a su cargo.

8

La serie dio un giro que rara vez había funcionado en la historia de la televisión. Los productores se decidieron por una opción casi kamikaze. La de duplicar el éxito o perderlo todo en el camino. *Ángel* salió al aire después de tres temporadas de *Buffy, la cazavampiros*. Su argumento estaba construido a partir de un vampiro con alma, atormentado por los recuerdos de un pasado cruel y sanguinario. Lo contradictorio de Ángel, nombre del personaje principal, fue que montó una agencia de detectives en el soleado Los Ángeles. Al parecer quería hacer de su labor un cal-

vario, un acto casi de asceta. Era un demonio ayudando a los desamparados. La madre Teresa con colmillos. Un monstruo tratando de redimirse.

Tacher estuvo prendido del televisor desde el inicio de la serie. En la primera escena del primer capítulo, Ángel se paseó por un callejón oscuro y tras descubrir los gritos desesperados de una joven, fue al rescate. Peleó con un par de vampiros sedientos y los convirtió en polvo con unas estacas que sacó de la manga de una gabardina negra. Lo que Tacher nunca llegó a entender era por qué la ropa de estos demonios —y los de *Buffy* también— se hacia polvo después de la estocada final. Era ilógico; no era una parte del cuerpo. Tacher se levantó de la cama con una actitud distinta. Apagó el televisor y dejó el control remoto encima de la mesa de noche. Se quedó parado frente al espejo de su habitación, al parecer su reflejo proyectaba ciertas características que salieron a la luz después de mirar por primera vez ese programa. Observó ciertos gestos y posturas que lo hacían parecido a Ángel, y su vestimenta negra coincidía con la del personaje. Lo único que lo sacaba de la fantasía era el hecho de que pudiera mirar su propia imagen, porque según las reglas metafísicas del show los vampiros no poseían reflejo.

Luego de que su juego de roles había llegado a su fin, se concentró en lo que era real para él, por lo menos lo que lo tenía intranquilo en una época determinada.

Dijo que se llamaba Luna.

La segunda vez que la vio después de darle el mensaje, recorrió la barbilla de Tacher con su lengua. La penetró como si su existencia dependiera de lo que Luna llevase dentro. El acto se prolongó por unos diez minutos más. Mientras él se estiraba sobre la cama, dándole a lo que había pasado una connotación que tenía más que ver con el gusto de los involucrados, Luna le daba la dimensión de negocio que el asunto poseía para ella en ese instante.

– Vístete —dijo mientras se subía el calzón y se ponía el vestido; sus tetas todavía no necesitan el soporte de un sostén.

– Leí tu nota.

– ¿Cuál nota?

– La que me diste la última vez que nos vimos.

– No pensé que volverías.

– ¿Es cierto? —Tacher estaba realmente preocupado.

Luna se terminó de vestir más rápido de lo que tenía planeado. La pregunta la incomodó como alfileres colados entre sus sábanas. Tacher le expresó que nada de lo que estaba escrito ahí lo incomodaba, que en realidad estaba dispuesto a hacer lo que estaba plasmado en esa hoja, que de repente ella era su Cordelia Chase —revisar la segunda temporada de *Angel*, donde Cordelia empieza a ser el contacto de Ángel con los Poderes para guiarlo—. Ella no entendió ni una palabra, pero vio una calma perturbada reflejada en los ojos del chico que tenía enfrente. Empezó a temblar; nunca había visto algo así entre sus clientes o incluso entre los hombres con quienes alguna vez sostuvo una relación. Para Luna, las reglas del juego podían aplicarse a su favor. Lo que Tacher le estaba diciendo salía de un lugar profundo e incierto, por lo menos fue eso lo que ella presintió.

– Lo vas a hacer. No puedes dejarnos así —atinó a decirle.

Él solamente quería protegerla de una maldad que se asomaba en el papel que le entregó con tanto cuidado. Ese grupo de imberbes la había hecho perder a sus clientes más adinerados. Tacher iba a acabar con ellos poco a poco, batalla por batalla; era el elegido para desaparecer la monstruosidad que la agobiaba.

9

Faltaban un par de horas para que el domingo terminara. Carol no estaba siquiera a la mitad de la tarea que tenía que presentar al día siguiente. Había logrado desesperar a sus hermanos. A Tacher le pidió ayuda para que tratara de resumir el trabajo que no había empezado a hacer.

– Eso lo podemos hacer al final —Tacher buscaba una medio que lo sacara rápido de esa situación.

– Pero es el segundo título. Mira el índice —le contestó Carol.

– Tenemos que saltearnos.

– No.

El orden que Carol le reclamaba a Tacher era imposible; él no podía hacer nada para tener una visión general de lo que pasaba en la construcción abstracta de ese informe. Las ideas de lo que Carol

quería plasmar eran todavía inconexas, plagadas de contradicciones que desesperaban aún más a su hermano. Sin embargo, la desilusión de Tacher tenía una raíz más profunda, que se asentaba cada día más y más en el hecho de que ella era otra persona, una adolescente ofuscada, quien emitía frases desafiantes y a veces sin sentido cada vez que quería protestar. Para él, la piel de Carol se transformó en un fino manto que traslucía sus inseguridades. Pasó por su cabeza decirle que el miedo y las dudas iban a desaparecer conforme fuera creciendo, pero tampoco quería mentirle.

Tacher se levantó del escritorio y fue a su habitación.

Martín y Taís observaron el desplante. Taís se ofreció a ayudar a su hermana, quien lloraba por pensar que el trabajo no estaría listo para el día siguiente. Se sentaron juntas para tratar de dar solución al cuello de botella. Taís comenzó a escribir en oraciones sueltas lo que le dictaban. Después de que Carol terminó con la lluvia de ideas, ella trató de unirlas para tener una imagen de lo que se quería y de esta manera obtener el bendito resumen. Al parecer era un método a prueba de fallas, pero Carol se encargó de que cualquier cosa que dijera su hermana se convirtiera en un laberinto de palabras del cual fuera imposible salir antes del domingo. Taís tenía los nervios al límite. La más insignificante molestia haría que pateara el tablero y se fuera por donde vino.

Martín miraba la televisión en el cuarto de su chica. Escuchó unos pasos que se aproximaban y cuando la sombra que acompañaba ese sonido adoptó los trazos de una silueta femenina, supo que el pacto para terminar la tarea se había esfumado.

– Traté —dijo Taís mientras se acurrucaba en la cama.

– Está gritando —le susurró Martín a la oreja.

– No te preocupes; se cansa al rato.

– Voy a ver qué pasa.

No tenía idea de lo que debía hacer al llegar donde se encontraba la hermana de su novia. Atinó a quedarse a su lado y observarla hasta que el escándalo se apagara por sí mismo. Después de unos minutos, su silencio dio resultado y le preguntó si podían continuar con la tarea.

Taís apareció detrás de ellos con ropa de dormir y legañas. Martín y Carol voltearon un tanto sorprendidos de la presencia que los había sacado de los deberes y de las demás conversaciones

que se originaron por pasar horas uno al lado del otro. Cuando Carol notó a su hermana casi soplándole la nuca, sintió una rabia incontenible hacía ella. Como si la hubiera arrancado de un sueño donde era la atracción principal, porque así eran sus fantasías: ella en el rol trascendental sin importar el argumento o la escenografía. Su nombre en una marquesina inmediatamente después del título de esa película inclasificable que ni siquiera se había comenzado a rodar.

El trabajo había concluido cinco minutos antes de que Taís fuera a verlos.

– ¿Terminaron? —preguntó con ganas de volver a la cama.

– Todavía —le contestó Martín sin voltear a mirarla.

10

Las cajas empezaron a formar un muro a los pies de la cama. La precisión con la cual fueron dispuestas era matemática y ambiciosa. Al parecer el proyecto no iba concluir con una pared de poca altura, sino que continuaría esparciéndose por diferentes direcciones hasta plasmar lo que su creador tenía en la cabeza.

La depresión de Taís le impedía darse cuenta de la construcción que se formaba día tras día. Seguía acostada, sin ningún tipo de señal que anunciara el fin de su miseria. Debajo de las sábanas trató de aliviar la pena estableciendo realidades alternas de por qué Martín no estaba con ella. La primera fue en el rol de una mujer que perdió a su esposo en manos de alguien más atractiva e interesante, y sin «esqueletos» en sus cajones. O quizá Martín fuera uno de aquellos hombres que solo bombean testosterona a través de las venas e impiden que su mujer tenga más éxito que ellos —Taís siempre fue promedio, pero cualquier cosa era válida con tal de que pudiera ponerse de pie—. Nada de eso fue suficiente; sus quimeras se deslizaron como agua por el desagüe. No soportaban que se quitara la manta del rostro y abriera los ojos. La angustia la tenía prisionera en una cárcel hecha de malos recuerdos que se comenzaban a manifestar físicamente: con tembladeras en las manos y dolores en el pecho que a veces le impedían tragar saliva.

La madre de Taís trajo otro grupo de cajas del departamento de su hija. Llevaba el peso que su cuerpo le permitía. Compró varias docenas, porque recordó haber visto en la televisión a una chica de aspecto débil contar que esa fue la manera que utilizó para mudarse de la casa de sus padres y lograr su independencia. Ella iba a lograr el efecto inverso.

Una amiga suya llamó para preguntarle acerca de su hija. Le respondió con una tranquilidad ensayada y mezclada con un puñado de pastillas, que la situación estaba controlada, que Taís estaba apaciguada y lo único necesario en este caso era dejarla en paz. Después de colgar el auricular, recordó lo sola que quedó después de terminar con los rituales acarreados por la muerte de su esposo. No extrañaba la complicidad resultante de una pareja que se quiso hace tiempo, porque el cariño se había resquebrajado hasta hacerse añicos, hasta transformarse en un odio infundado hacia la persona con quien compartía el lecho. Podía provocarse por un par de ronquidos en la madrugada o escuchar su voz tratando de encontrarla al regresar del trabajo. Realmente lo odiaba. Fantaseó con una vida sin él más veces de lo que utilizaba la palabra «yo» para empezar una oración. El repudio hacia su esposo comenzó a manifestarse desde que nació su primer hijo. Al parecer la situación no era la que ella había anhelado. Entre los llantos rasgando el silencio de la madrugada y las heridas en los pezones por unos dientes que no median la fuerza de su mordida, su mente comenzó a trastocarse y la realidad le dio posibilidades que antes no se hubiera preocupado en considerar. La leche materna fue eliminada de la dieta de su primogénito y de las dos hijas que tuvo después. La delgada línea que los unía fue cortada. Sus pezones volvieron a ser lo mismo, pero los niños adquirieron maneras de comunicarse distintas. Se escondían debajo de la mesa para poder hablar con sus padres. Si querían ir al baño lo gritaban desde una de las alacenas de la cocina. Los armarios se convirtieron en un campo de juego para ellos; pasaban horas ahí.

– ¿Será algo demasiado raro? —le preguntó la madre de Taís a su esposo.

– Quizás el encierro y la oscuridad les recuerda al lugar de donde salieron —lo dijo como si hubiera esperado dar esa respuesta desde hace mucho, incluso antes de que la interrogante saliera de la boca de su esposa.

Ella le clavó los ojos inyectados de rabia por unos segundos y después se volteó para conciliar el sueño.

11

Martín tenía una mochila con lo esencial esperándolo en la sala. La había escondido detrás del sofá. Taís removía el esmalte de las uñas con bencina, lo sacaba con tanta fuerza que daba la impresión de querer arrancarse parte de los dedos. Cuando ella se acostó a su lado, a él le entraron ganas de decirle adiós, de una manera que Taís no pudiera descifrar hasta que estuviera tan lejos que no fuera posible dibujar un norte para empezar a buscarlo.

– Lo vamos a seguir intentando hasta que funcione.

– Tenemos la vida para probar —le respondió ella sin poder mirarlo.

– Y se va a llamar Franco —soltó el nombre de su hijo con una convicción que dejó a Taís incómoda y desolada.

Al parecer el propósito que se marcó desde que su esposa se aproximó, tomó un camino distinto al elaborado para su minúscula treta mental. Solo era una despedida. Algo irónica, pero al fin y al cabo únicamente eso. Culpó a los dos vasos de vodka que engulló para relajarse y a la bencina que venía de los dedos de Taís; la composición química de esos elementos debió alterar el significado de lo que realmente quería decir y lo había resumido en una palabra: el nombre de su hijo.

Nunca había tenido la certeza de cómo se llamaría el primero. Ni siquiera de que podía ser hombre. Pero en ese momento su mente estaba desembocada, al igual que una carreta jalada por caballos salvajes. Franco era a lo único que se podía aferrar, no importaba que fuera un simple eco rebotando por los rincones de su cabeza. De repente era porque el nombre le sonaba a verdad, a franqueza, a un evento que realmente sucedió.

Taís era un tempano flotando ante los límites de su desconcierto.

Martín la observaba esperando una reacción, algo que lo hiciera cambiar la decisión que había tomado, pero su esposa seguía ahí, envuelta en una espesa capa de hielo.

El día que colocó las piezas del rompecabezas de la manera que él pensó sería la correcta, el panorama que se había formado únicamente lo llevaba por una dirección. Demasiado escabrosa para ser trazada por una familia, y menos por la familia de ella. Sin embargo, era la única que tenía sentido. Martín lo venía sospechando desde hace un par de meses atrás. No había otro motivo por el cual no saliera embarazada.

La oportunidad se dio cuando llamó de manera clandestina al doctor de Taís, pidiéndole los resultados de la última prueba. Le inventó un rosario de excusas por las cuales ella no podía ir a la clínica esa tarde.

El mundo parecía estar hecho de un material menos sólido cuando salió de la consulta. El asfalto de las calles había tomado una composición blanda; Martín sentía hundirse un poco más con cada paso que daba. Tuvo que sujetarse de un poste para no ser tragado por un abismo que necesitaba alimentarse de él y de su angustia.

Su esposa era estéril.

Su útero estaba seco. Nada podía crecer en esa parte.

Cuando ella le contó lo que había pasado, se le olvidó llenar ciertos espacios en blanco que con el tiempo tendrían una relevancia sustancial.

La verdad estaba incompleta, y eso la volvía una mentira mal planificada.

Mientras esperaba que alguien le abriera la puerta, lo único que poblaba su mente era la escena de Tacher y él frente a frente. Lo cogería por el cuello de uno de sus tantos polos negros, para poder encajarle un puñete en el centro de la cara.

Después de la estrepitosa entrada habría unas palabras por parte de Martín:

– Yo solo quería una familia, y tú la cagaste.

– ¿Qué te pasa? —su cuñado diría esto con la mano cubriendo su boca.

Se arrojaría encima de Tacher. Cuando ambos estuvieran en el suelo, dejaría charcos en el suelo y cunetas de sangre salpicadas por el rostro de su víctima.

Asqueroso pero necesario.

Los minutos lo impacientaban. Pensó en darle una patada a la puerta y terminar con todo eso de una vez, pero la empleada abrió

después de un tiempo prudente que a Martín le pareció una eternidad agobiado entre pensamientos cada vez más violentos. Cuando se sentó en el sofá de la sala, se quedó observando el jardín. Sus ojos quedaron fijos en uno de los extremos del patio, en lo que para su castigada mente había formado una cruz con un puñado de piedras. La simple idea de esa silueta derivó en raíces cada vez más cristianas. Ni siquiera consideró la posibilidad de que fuera algo formado por el capricho del tiempo y el plan de trabajo de un jardinero.

«Está enterrado ahí», susurró.

Al llegar a esta conclusión, se desparramó en su sitio como un saco de escombros. Sintió las pisadas de alguien que bajaba por la escalera y giró la cabeza.

– ¿Dónde está Tacher?

– No sé. Nunca me dice adonde va —le respondió Carol.

– ¡¿Dónde está?!

– Cálmate, Martín. Me estás asustando.

Carol se sentó a su lado y lo escuchó con la paciencia de quien espera algo a cambio. Luego cogió su mano y la apretó con fuerza.

12

Buffy, la cazavampiros duró siete temporadas al aire. Joss Whedon, creador de la serie, decidió que el fin había llegado; su heroína dejó de tener el peso del mundo sobre sus hombros cuando se cerró la Boca del Infierno.

Ángel surgió después del segundo año de *Buffy*, y resistió un año más después de la salida de esta del aire. Al parecer el show del vampiro con alma existía por una cuestión de dependencia y una vez destruido ese nexo, el propósito no tenía sentido.

13

1. Interior. Tarde. Casa de TAÍS

Un travelling baja por la escalera desde el segundo piso. La cámara se desliza hasta quedar fija a un metro de la entrada prin-

cipal. Durante unos veinte segundos se escuchan golpes contra la puerta que provienen de la parte exterior. Se tornan más fuertes conforme el tiempo avanza. La puerta se abre con una patada y, de manera brusca, cambia la escena.

Corte a:

2. Interior. Tarde. Casa de TAÍS (sala)

Una cámara en mano sigue a MARTÍN.

La escena continua al ritmo del personaje. Lo vemos deambular por la sala buscando algo.

Una voz que proviene desde arriba de las escaleras llama la atención de MARTÍN.

La cámara da un giro y enfoca (primeros segundos de manera borrosa) a la MADRE DE TAÍS.

Acercamiento al rostro de ella.

MADRE DE TAÍS

(Gritando) ¿Qué haces aquí? Lárgate; ahora yo me encargo de mi hija.

Los ojos de MARTÍN *son reemplazados por el lente de la cámara. Observa cómo su suegra baja la escalera rauda para impedirle que busque a su hija y para botarlo.*

Plano de los dos discutiendo.

MADRE DE TAÍS

(Continua exaltada) Te he dicho que te vayas.

MARTÍN *no le contesta. La cámara en mano lo sigue mientras sube las escaleras (se escuchan, muy bajos, los gritos distorsionados de la* MADRE DE TAÍS *que se apagan cuando él llega al segundo piso).*

MARTÍN *se queda parado frente a una puerta. Su respiración se vuelve más enérgica. Hace girar la perilla de la puerta. Lo primero que se puede notar en el interior de la habitación son unas cajas de cartón rodeando una cama. Las cajas forman paredes de una altura aproximada de un metro. Se observa un bulto entre las sombras, poco a poco adopta la silueta de una persona. Lo mira durante diez segundos, después cierra la puerta desde fuera y se dirige a la habitación que está al final del pasillo. Entra sin vacilar.*

MARTÍN
(Mientras extiende su mano) Es hora de irnos.
CAROL *toma la mano de* MARTÍN.
Fundido.

Segundo corte

1

Era sábado y Tacher había acompañado a su padre al campeonato de fútbol que organizaba el banco donde trabajaba. Cuando le tocó jugar al equipo de su padre, encontró a otro niño manipulando un Gameboy parecido al que había pedido para su cumpleaños. Se sentó a escasos metros del chico, levantando la mirada a intervalos sincronizados para poder hacer contacto con el dueño del juguete. El niño percibió a Tacher mientras apretaba los botones. Al terminar se dio cuenta de que era envidiado por alguien que no le desclavaba la mirada; por un instante llegó a pensar que no solo querían el aparato electrónico, sino también su cuerpo y el aire flotando alrededor que pudieron haber sido la extensión del mismo, como una armonía oscilante para un espectador, que no debía ser interrumpida por nada que pasara en ese complejo deportivo.

– Vamos –le dijo el chico cuando guardó su Gameboy en el bolsillo.

Al levantarse, Tacher sintió un calambre que le venía desde lo más profundo de sus entrañas, se contrajo de una manera casi imperceptible y siguió el llamado. Su estómago le estaba jugando una mala pasada y debía aguantarla. No era la primera vez que se sentía acorralado por esta necesidad y casi siempre había salido triunfante, con tan solo una pequeña raya en la ropa interior que demostraba una contienda contra su sistema digestivo.

Lo siguió casi hasta los límites del complejo, con la cabeza gacha, mirando el avance de unas zapatillas delante de él. Llegaron a un cuarto improvisado en la intersección de las paredes que cercaban el terreno, las cosas de un vigilante ausente estaban dentro.

El chico entró y cogió la pistola que se encontraba encima de la mesa de noche. El arma entre sus manos no le daba una dimensión amenazadora; aquellos cuerpos no tenían la proporción exacta para crear un conjunto peligroso. Tacher lo veía como un dibujo animado de formas desproporcionadas, incluso cuando el cañón lo señaló a una distancia casi imperceptible durante unos segundos.

– Te toca.

Apreció el pequeño rastro de sudor dejado por las otras manos, después se quedó impresionado por el peso en el aparato. Se acordó de las series de televisión, donde aparentaban ser tan livianas, y en un pestañeo estaban fuera de su funda. Él se hubiera demorado un tiempo más que considerable en sacarla. Pero de un momento a otro, Tacher empezó a acoplarse con la pistola y sintió un balance natural entre el metal y su piel; ambos habían llegado a una simbiosis donde la molestia de cargarla estaba desapareciendo. La fusión fue como la de un guerrero y su espada. Apuntó a los objetos donde la luz solar rebotaba, hasta llegar exactamente a la frente del muchacho que lo acompañaba. Durante esos segundos sintió una ráfaga de energía recorriéndolo, era el poder de arrebatar una vida y desde ese instante supo que le sería fácil cuando no tuviera otra salida.

Antes de retirarse, trataron de dejar el arma en la posición exacta donde la habían encontrado.

Los calambres volvieron de una manera agresiva mientras caminaba. Le recordaron que había algo dentro de él que no iba a desaparecer. Tacher se supo derrotado cuando el contraerse no surtió el efecto anhelado, sino todo lo opuesto; el miasma encontró la manera de salir y se depositó en su ropa interior. Se quedó quieto durante unos minutos mientras el otro niño seguía avanzando sin mirar atrás.

Gracias a un esfuerzo titánico llegó hasta donde se realizaba el partido de fútbol. Se apoyó al lado de un árbol a esperar que su padre terminase el encuentro y se despidiera de sus amigos.

Con tan solo observar la postura de su hijo supo exactamente lo que había pasado. Fueron hasta el baño y con unos cuantos jirones de papel toallero, Tacher quedó con la piel lustrosa, como si esa vergüenza jamás hubiese existido.

– ¿Qué hago con mi calzoncillo? —le dijo a su padre, quien se encontraba al otro lado de la puerta.

– Sácatelo sin mancharte.

Lo envolvieron con papel y buscaron una parte poco transitada para dejarlo olvidado. Tacher lo guió a escasos metros del cuarto del vigilante. Se percató de que la pistola ya no estaba donde la habían puesto. De repente su dueño habría salido con ella para dar unas vueltas por el sitio, o el chico que se la mostró había regresado para tomarla. Tacher no pudo resistirse a creer lo segundo, y sintió una gran envidia que no la podía aguantar contrayéndose, porque ahora ese niño tenía dos cosas muy especiales para cualquiera: un Gameboy y un arma.

Su padre encontró un lugar ideal al lado de unas ramas secas y dejó el calzoncillo ahí, no sin antes empujar un poco de tierra con sus zapatillas para cubrirlo del batallón de moscas que lo sobrevolarían. En el auto ninguno de los dos hizo contacto visual, pero al estacionarse en casa, Tacher escuchó unas palabras que lo aliviaron:

– Subes corriendo y te bañas. Nadie tiene por qué enterarse.

2

Después de que los detalles del plan fueron aclarados, Luna se le acercó. A Tacher se le notaba fuera de sí, y no era por el acto heroico que iba a cometer al día siguiente. Lo que ella percibió era un miedo mayor, uno sin esperanza, que solo se le podía atribuir a lo que le confesó hacía poco:

Él no podía llenar los zapatos de su padre. Y eso lo tenía aterrado. Había estado entrenando por las tardes desde que su hermana regresó. Ella lo hizo acompañada de un dolor tan profundo como si a través de él se pudiera escuchar el latido de la Tierra, pero aun así sentía que le faltaba más práctica y un toque divino para poder vencer a Martín. El esposo de su hermana le llevaba media cabeza, y una vez lo vio defendiendo el honor de Taís frente a un tipo que le clavó unos ojos llenos de lascivia en un bar. Lo golpeó hasta arrancarle el último gramo de aire que había acumulado ese día; el infeliz quedó hecho una colilla de cigarro arrugada en el piso, mientras que un mastodonte de seguridad sacaba a Martín a rastras.

Tacher estaba seguro de que Martín lo podía destruir si estaba fuera de forma para enfrentarlo. Perdería esa batalla en cuestión de segundos. Tenía algunos trucos previstos para cuando el día llegara, pero sabía que necesitaba algo más, una especie de señal que le dijera que el Bien —representado por él— iba a prevalecer para que la existencia no se fuera a un hoyo gris y sin sentido.

El fluorescente de la habitación emitía un zumbido, acompañado por un pestañeo que parecía dejar a oscuras el ambiente por una fracción de segundo, casi imperceptible pero con consecuencias catastróficas si se quería pensar en algo delicado. Sin embargo, Luna tuvo que extraer a Tacher de una derrota que todavía no sucedía, en la que él estaba tirado en el suelo por el fragor del enfrentamiento con la Victorinox que le regaló su padre al lado. Quería arrancarlo de ese lugar donde lo llevaban todas las brújulas, y que lo atormentaba día y noche. El fracaso era un suceso del cual todavía no había encontrado escapatoria. A Luna se le ocurrió algo para regresarlo al camino y cumpliera con lo que le había prometido. Un acto que iba más allá de las reglas que ella misma hubiera tallado en un tablón de piedra, si existiese un mandamiento escrito para las mujeres de su condición, pero sus prohibiciones le fueron entregadas de una manera oral, por cuestiones de forma, fondo y pinceladas de ironía. Le daría lo que tantos hombres ansiaban desde siempre, y que les fue negado con el simple acto de desviar el rostro.

– Vas a ganar tu guerra —le aseguró Luna con la convicción de un maestro cuando le da al aprendiz su arma secreta.

Se acercó a Tacher, lo tomó de las manos y lo besó como si se fuera a acabar el mundo. Durante el beso, sintió que el fluorescente de la habitación estuvo apagado más tiempo de lo acostumbrado y cuando volvió a prenderse lo hizo con una potencia mayor. Le pareció que iba a estallar y llenar la habitación con una lluvia de luces intermitentes.

3

La decisión estaba tomada.

Se iría de ese lugar que no fue diseñado para ella. Era la extra en los episodios de su vida familiar, casi una actriz invitada a quien

nadie notó y se fue asentando día tras día hasta volverse parte de la escenografía.

Había también otro factor que la acosaba. Su cuerpo se inundó de una nostalgia de la que creía estar curada. No eran sus pensamientos los que la traicionaban, sino algo que tenía un anclaje más profundo, algo biológico. La sangre que corría por su cuerpo comenzó a objetar el destino que había esbozado para ella.

Carol se quedó parada al lado de la puerta de su habitación, con una indecisión a cuestas que no venía de una mente agotada por justificar sus acciones, sino de una composición molecular que le imploraba que no le diera la espalda a los suyos. Después de que el marco de la entrada se le presentó como un vórtice entre dos dimensiones contradictorias tratando de absorberla, se dirigió al cuarto de Tacher.

Cuando giró la perilla y la empujó hasta lograr entrar, lo encontró acompañado por las imágenes y sonidos de un televisor que iban perdiendo el interés del espectador, conforme este jugaba con su Victorinox a hacerle cortes a un ser hecho del viento que se filtraba por la ventana.

– ¿Qué quieres? —le dijo Tacher a su hermana, mientras la amenazaba con el filo de su navaja.

– ¿Qué vas a hacer? ¿Clavarme eso?

Carol cerró la puerta con un golpe seco. Después se fue a su habitación para tener todo listo cuando el momento llegase. No faltaba mucho; era cuestión de recibir una llamada y el plan seguiría el esquema trazado. Los lazos sanguíneos que le habían causado tantos conflictos durante esos días, parecían haberse calmado con esa última escena. Tuvo la ilusión de encontrar a su hermano mayor con los ojos que ella recordaba de niña, pero que estaban inyectados con el mismo odio que tenía Martín la vez que este le confesó lo que su familia guardaba bajo siete llaves. La ira era lo único que lo impulsaba, porque cuando ella intentó asimilar lo que estaba escuchando, sintió que su cuñado era un ser indefenso, un ente que flotaba sin ningún tipo de armadura para poder soportar sus propias palabras, lanzadas como bumeranes que solamente tenían el propósito de regresar y hacerle más daño.

El bizarro programa de televisión en el cual se había convertido su vida después de lo que le narrara su cuñado todavía no la

tenía de protagonista, y eso la estaba haciendo más guiñapos por dentro que cualquier Victorinox maniobrada por su hermano. Le dolía, más que cualquier cosa, ser un peón manejado por los actores principales: Tacher, Taís y Martín. Por momentos, se sentía un catalizador usado por unos guionistas quienes no tenían más interés en ella. Simplemente la manipularon para que diera una vuelta de tuerca inesperada a la trama. Y ahí acababa su relevancia, su estadía en ese lugar llamado «estrellato».

No le gustaba que terminase de esa manera. Carol quería más escenas donde ella apareciese. El plan de hablar con Tacher había fallado. Necesitaba un contacto que hiciese que la historia se desvíe a su favor. Un acto que devolviera los eventos futuros hacía su molino. A partir de ese momento, se autodenominó la guionista que haría saltar a la fama al personaje que había encarnado durante tantos años.

Se dio cuenta de que la sangre todavía la seguía llamando, pero hacia otra dirección y con otra agenda. La encaminaba a la habitación del lado opuesto del pasillo, donde yacía su hermana mayor hecha un bulto sobre la cama.

Carol ingresó a la habitación de Taís con el propósito de cambiar su destino.

4

No podía distinguir si había pasado de la realidad al estado de inconsciencia. La vigilia se estaba apoderando de su mente cuando ocurrió algo impensable: tenía a Taís parada frente a él, al borde de su cama, con una bata que le cubría las rodillas. Su rostro todavía llevaba las marcas de alguien que ha llorado por una larga temporada, con sollozos que únicamente encontraron la manera de apagarse mimetizándose con los sonidos cotidianos.

Al percatarse de que la silueta que tenía al lado estaba en el parámetro de lo real, Tacher se sacudió el sueño y empezó a observarla con la ternura de siempre, que ni siquiera había dejado de fluir cuando le avisaron de algo tan definitivo como la boda con Martín. Recordó que ella fue a su habitación para contarle acerca de su compromiso. La abrazó y su falsa alegría duró el

tiempo que permaneció a su lado, y luego estalló como una burbuja de jabón, despareciendo para siempre.

Taís levantó la sábana y se acostó a su lado.

Estaba a escasos centímetros de él y nada más importaba.

Evocó las veces que ella había hecho lo mismo años atrás. Cuando aquello era una especie de juego que iba acumulando consecuencias conforme iban creciendo. Sin embargo, Tacher también sintió que con Taís a su lado el peso del mundo descansaba sobre sus hombros. Tenía que hacer algo al respecto y solamente conocía una forma. El tiempo todavía no le daba luz verde. Las habilidades que se requerían para vencer a su oponente todavía no estaban maduras; necesitaba de algo más que practicar día y noche frente a un espejo con su Victorinox, la cual sacaría de debajo de la manga como una carta marcada para conducir la suerte a su favor. Aunque no llegaba a tener confianza plena en que podía derrotarlo, para hacerlo morder el polvo por el sufrimiento causado a su hermana y por arrebatarle a la otra con engaños.

Después de abrigarla, Tacher se quedó a su lado, sintiendo el ritmo de sus latidos que, cada vez más espaciados y tímidos, daban fe de un metabolismo constituido a partir de una desgracia. Su espalda había sido marcada con una especie de anotación, una resumida bitácora de viaje que dejaba pistas de la aventura de alguien que todavía quería ser encontrado. Tacher memorizó las letras, a sabiendas que este rastro lo acercaba cada vez más a su enemigo. También le dio un vestigio acerca de los motivos que había tenido Carol para fugarse con su cuñado; quería ayudar todavía a su familia a consumar la venganza. Porque en el entendimiento de Tacher, su hermana menor se había convertido en un aliado que había trazado (en la piel de Taís) un plan con «líneas paralelas» para derrotar a un adversario en común.

5

1. Exterior. Noche. El cielo

Toma de la luna en un cielo despejado.

2. Exterior. Noche. Frente a un edificio

Plano abierto desde la vereda de enfrente de una construcción de tres pisos. La calle es poco transitada y, de vez en cuando, pasan algunos autos. Se realiza un acercamiento. Se enfoca la silueta de un hombre que entra sigilosamente al edifico.

Corte a:

3. Interior. Noche. Edificio (azotea)

Primer plano desenfocado. Poco a poco una sombra se acerca y va tomando la forma de Tacher. A ese primer plano le sucede un acercamiento de su rostro, que luce nervioso y confundido.

Tacher saca la Victorinox de uno de sus bolsillos. Empieza a buscar el aparato que registra cada movimiento que Luna y sus compañeras hacen para desactivarlo.

Los ojos de Tacher son reemplazados por el lente de la cámara, que da una barrida a la azotea y los laterales. Nota la luz intermitente de un pequeño foco rojo en una de las paredes exteriores. Acercamiento donde se encuentra la luz roja.

El aparato que Tacher busca, se encuentra instalado en una pared del edificio a casi un metro debajo de donde él está parado.

Corte a:

Primer plano de Tacher con la Victorinox en la mano. Se echa a un lado de la azotea y saca medio cuerpo al abismo para poder llegar a los cables del artefacto y cortarlos. Tiene problemas al hacerlo, porque ya tiene la mitad de la humanidad afuera y todavía no alcanza ningún cable. Sale unos centímetros más y pierde el balance.

Corte a:

4. Exterior. Noche. Frente al edificio

Plano abierto de Tacher cayendo. Se nota que golpea las ramas de un árbol y sigue su trayectoria hasta un jardín donde unos arbustos amortiguan el impacto.

Corte a:

5. Exterior. Noche. Jardín (del edificio)

Plano cerrado de Tacher en el jardín. Está de cuclillas con las manos apoyadas en la grama. Se queda así unos tres segundos. Se para y comienza a tocarse el cuerpo para saberse ileso. Lo está; nada le duele. Una leve sonrisa se dibuja en su rostro.

Corte a:

6. Montaje

Una escena del pasado discurre en blanco y negro y en silencio:

Luna se acerca a Tacher, le toma las manos y lo besa intensamente. Durante el beso, el fluorescente de la habitación parpadea más de lo acostumbrado y cuando la luz vuelve a la normalidad lo hace con una potencia mayor.

Corte a:

6

Angel
«Heroe»
Temporada 1 / Capítulo 9

Doyle –demonio humano o mestizo que ayuda a Ángel a combatir el Mal– comete un acto de valentía inesperada en los últimos diez minutos del episodio «Heroe»; toma el lugar del vampiro con alma para desactivar una bomba, a sabiendas de que tiene que sacrificarse para detener la explosión.

Antes de lanzarse como un kamikaze, Doyle, quien siempre estuvo secretamente enamorado de Cordelia Chase, la besa mientras un extraño resplandor los ilumina, y él muestra al fin su rostro de demonio.

Con el beso, le transmite sus poderes a Cordelia, que consisten en tener visiones de eventos atroces en los cuales todavía se puede hacer algo para «salvar el día».

7

La pista que había dejado Carol en la espalda de Taís lo condujo hasta la casa de la abuela de Martín. Cuando tocó el timbre,

trató de que su dedo no pulse el botón con largos intervalos eléctricos que desenmascarasen su furia y desesperación. Tenía que lucir despreocupado en el momento que esa puerta se abriera.

Estuvo en su habitación preparando los detalles para su cruzada. Tenía algunas armas listas para combatir:

1) La Victorinox (hecho)

2) Botas con punta de metal (hecho)

3) Algunos trucos listos en los compartimentos de su ropa (hecho)

4) Segundo beso de Luna (falló)

La Caída le había dado la confianza suficiente para seguir con su venganza. No importaba que Luna lo hubiese rechazado por no cumplir con la misión satisfactoriamente, solo era un pequeño tropiezo para destruir a su peor enemigo. O en términos argumentales de *Angel*: el monstruo que traería el Apocalipsis al mundo, y aparecería en toda su magnitud en los últimos capítulos de la temporada.

La abuela de Martín lo reconoció después de unos segundos observando su rostro. Ella no pareció sorprendida al verlo. Pasaron a la sala. Tacher estaba preparado para poner a funcionar su plan; confirmar si lo que Carol había dejado escrito serviría para llegar a donde estaba. Lo que su hermana menor trazó sobre la piel de Taís, era una especie de catalizador para la búsqueda que Tacher estaba por realizar. La señora que tenía al frente era un puente plagado de arrugas y de frases amables que comenzaban a enervar a su invitado, sin embargo, si Tacher no quería vadear el cause de un río que se iba haciendo más extenso conforme avanzaba, tenía que soportarla unos minutos.

– Ellos estuvieron aquí.

– ¿Quiénes?

– Mi nieto y su chica.

– ¿Carol?

– Se veían muy enamorados. Los invité a quedarse pero ya tenían un lugar donde ir.

Tacher estaba más confundido de lo usual. La abuela de Martín parecía muy segura al dar sus respuestas. Aunque no podía estar ciento por ciento acorde de que aquellas afirmaciones estaban en el espacio/tiempo que investigaba; de repente se refería a Taís y

los primeros días de matrimonio, cuando ella les ofreció su casa para alojarse. En ese momento, la pareja decidió quedarse en un hotel modesto, que no le costaba mucho pero que tampoco tenía cucarachas debajo de las almohadas. Era temporal, hasta que el casero del departamento que acababan de rentar terminara de disimular con yeso y pintura ciertas paredes deterioradas.

Se le ocurrió decirle a la anciana que necesitaba el baño, para poder escabullirse al dormitorio de Martín. Al encontrarse al lado de la cama se quedó unos instantes estático, pensando en cuál de sus dos hermanas fue la última en estar protegida por esas cuatro paredes, y si en esa área había quedado atrapada la esencia de alguna de ellas, ¿podría distinguirla con alguno de sus sentidos? Tacher escuchó el timbre del teléfono dos veces antes de que la abuela levantara el auricular: «¿Cómo están?», le dijo a la persona al otro lado de la línea. Él llegó corriendo y le arrancó el aparato de las manos. Se quedó esperando durante segundos, cada vez más desesperantes, que alguna voz le diera pistas más concretas. Pero en ese instante, se dio cuenta de que tenía que construirlas a partir de un silencio que venía de una parte diferente de la ciudad. Ese silencio era la pieza que confirmaba lo que estaba escrito en la espalda de Taís: «*Anda a su casa, porque todo se repite*».

8

Se sintió invencible cuando fue a pedirle otra oportunidad. Le contó que había descubierto algo más en él gracias a la Caída. La saliva fue una especie de interruptor que activó un poder oculto dentro de su ser. Le empezó a explicar las complicaciones metafísicas que ahora gobernaban su vida, que ella y él eran especiales porque fueron elegidos por los Poderes —los argumentos que Tacher empezó a dar en ese momento, tenían únicamente sustento en la primera y segunda temporada de su programa de televisión favorito— para alguna especie de propósito.

– ¿De qué hablas? —inquirió Luna.

– Somos especiales.

– Lárgate... antes de que llame a alguien para que te rompa la cara–. Ella empezaba a desesperarse con las explicaciones que le planteaban.

– Solo quiero otra oportunidad —le rogaba Tacher desde el marco de la puerta.

– No hay segundas oportunidades. Por tu culpa nos tenemos que mudar.

Luna tenía razón con respecto a las segundas oportunidades. La cámara que las filmaba día y noche ya no estaba instalada en el mismo lugar. La habían cambiado de punto después de que Tacher trató de destruirla. Tenían un espectro de trescientos sesenta grados y una profundidad de veinte metros a la redonda para colocarla como mejor les pareciera. Les había costado muchos meses de pesquisas en las estructuras de los edificios aledaños ubicar el dispositivo. Luna y compañía sabían que había un algo sobre ellas. Grabándolas, editándolas, catalogándolas y vendiendo sus imágenes al mejor postor. Prueba de esto fue que enviaron una cinta con las imágenes del incidente. Se tenía captado el momento en que Tacher trata de desactivar el aparato y se desploma hasta un jardín aledaño de una manera no tan heroica.

No pudo más y atravesó el marco de la puerta. Agarró a Luna de los brazos hasta que ella logró librarse de él violentamente. Tacher solamente quería un beso, que le traspasara un poco de saliva para saber si todo lo que estaba sucediendo era real. Pudo romper la barrera de los labios con una lengua que únicamente quería comprobar su teoría. La puta escupió después de ese beso forzado. Lo empujó hasta sacarlo de su espacio personal, para después seguir con la expulsión de sus dominios. Llamó a alguien para que la ayudara, pero sus gritos fueron solo eso, unas ondas que perturbaron el ambiente y que no trajeron más consecuencias.

Tacher salió presuroso de la habitación, al pensar que se armaría un gran escándalo si alguien lograba percatarse de los alaridos de Luna. Por una extraña razón, mientras huía, se sintió liviano, como si los problemas fueran fantasmas exorcizados que nunca volverían a atormentarlo. Su padre se coló entre sus pensamientos después de mucho tiempo. Era algo raro en él, porque desde que murió, trató de desterrarlo por su falta de ganas de quedarse junto a sus hijos. Pudo luchar un poco más. ¿Acaso los héroes no siempre lo hacían? Regresaban de esa extraña frontera que nos separa del país del «nunca volver». Tacher jamás lo defraudó, ni siquiera en los momentos cruciales.

9

Después del éxito apabullante de *The X-files*, Chris Carter decidió crear otra serie que rompería los esquemas y sería de culto como la anterior: *Millenium*. Su argumento giraba alrededor de un agente del FBI, Jack Black, quien tenía la habilidad extrasensorial de sentir el Mal gracias a perturbadoras visiones.

El padre de Tacher no se perdía un solo episodio de *The X-files*, y arrastraba a su hijo hacia la devoción por los agentes Mulder y Scully. El nuevo show fue esperado con misticismo por padre e hijo. A Tacher le gusto más *Millenium*, pero nunca le dijo a su padre; le pareció un dato anodino que no valía la pena compartir, por miedo a romper la relación mágica que tenía con él al mirar una pantalla.

Sin embargo, *Millenium* no duró lo que Chris Carter esperaba. Solo se transmitieron tres temporadas, y el capítulo final dejó mucho que desear, por sus cabos sueltos y su falta de consistencia. Su creador, ante las protestas de los fanáticos, tuvo que grabar un episodio final de la fallida serie dentro de uno de *The X-files*.

10

En capítulos anteriores:

Las cajas que la madre de Taís apiló desde que su hija regresó, habían dado forma a una fortaleza que podía protegerla de cualquier ataque. Estaban dispuestas como paredes compactas que cercaban la cama, y no daban pie a que ninguna flecha o bombarda cargadas de dolor la atravesasen en un intento de destruir a su niña. Esta vez compensaría los daños y descuidos del pasado con ese elefante de cartón que cualquiera podía ver, para que nadie la señalase como una mala madre...

Carol miraba la televisión sobre la cama de una habitación de hotel. Su mente no estaba concentrada en la retahíla de imágenes que se transmitían a través de aquella pantalla. Simplemente codiciaba una nueva historia para ella. Con la nota que dejó en la espalda de su hermana, quería cambiar pequeños factores para que el cuadro general se alterase de manera drástica, sin embargo, como con el luto que se guardó por la muerte de su padre, todo se

estaba convirtiendo en una cinta de VHS que por más que la retrocedieras o avanzaras, siempre arrojaría las mismas imágenes y sonidos...

Tacher estaba haciendo «sombras» frente a su espejo. Golpeaba seres compuestos de aire y miedo con los instrumentos que había seleccionado para el enfrentamiento final. Las armas que había preparado para la pelea estaban dispuestas dentro de su gabardina, excepto una: la Victorinox que su padre le regalo estaba amarrada a su muñeca. Era el truco final. Mientras se dirigía al hotel donde se encontraba su hermanita y su peor enemigo, contempló su reflejo en la navaja que iba a llevar camuflada debajo de la manga...

11

Primera parte

1. Interior. Noche. Habitación del hotel

La cámara está fija frente a la puerta. Durante unos veinte segundos se escuchan golpes del otro lado. Se tornan más fuertes conforme el tiempo avanza. La puerta se abre de una patada.

Corte a:

En un paneo se registra a CAROL *sobre la única cama y a* MARTÍN *sentado en una silla de madera esperando lo inevitable.*

Después del paneo, la cámara regresa a la entrada de la habitación. Se nota una silueta desenfocada debajo del marco de la puerta que se acaba de abrir de manera violenta.

Poco a poco, la silueta borrosa va tomando la forma de TACHER, *este ingresa rabioso y coge a* MARTÍN *de la solapa.*

TACHER

(Alzando la voz y con los ojos fijos en su enemigo) ¡Acaba esta noche!

TACHER *empuja a* MARTÍN. *Se percata de* CAROL.

TACHER

(Mirando a su hermana menor) Lárgate. No te quiero aquí.

CAROL *sale disparada.*

Plano general de la habitación. TACHER *y* MARTÍN *están frente a frente, listos para el enfrentamiento.* TACHER *empieza lanzando un par de puñetes y luego una patada. La patada (a la altura del abdomen) hace mella en* MARTÍN, *haciendo que descuide su rostro.* TACHER *aprovecha esto y lanza un recto que logra hacer sangrar la nariz de su oponente.*

Primer plano de la cara de MARTÍN *ensangrentada.*

MARTÍN

(Cuando dice esto escupe saliva roja) *Te voy a matar.*

La cámara vuelve al plano general. MARTÍN *se para frente a* TACHER. *Le patea los testículos y luego encaja un puño en su garganta. Mientras* su cuñado *está contraído y tratando de volver a respirar,* MARTÍN *lo agarra de los pelos y le levanta la cara para meterle un par de puñetes.* TACHER *saca de su manga la Victorinox.* MARTÍN *se percata del arma y hace que la bote al suelo.*

Acercamiento a donde cae la navaja. La cuchilla resplandece.

MARTÍN, *después de meterle un certero golpe en la cara a su contrincante, va donde está la Victorinox y la coge. No se percata de que* TACHER *está yendo detrás de él.* MARTÍN *solo atina a levantar la cuchilla como el pico de una lanza para defenderse.*

La cuchilla se clava en el abdomen de TACHER.

MARTÍN *suelta la cuchilla encajada en el cuerpo de su oponente. Luce asustado. Sin saber qué hacer.*

TACHER, *tratando de sacar el arma de su cuerpo, cae de rodillas lentamente.*

Primer plano de la cara de espanto de MARTÍN. *Su rostro cambia en un par de segundos del pavor a la sorpresa.*

Corte a:

Contrapicado de cuerpo entero de TACHER *de espaldas. Él está de pie. Se nota que le cuesta mantenerse así. Tiene la Victorinox en la mano. Se observa que por sus nudillos gotea sangre.*

Fundido.

11

Segunda parte (a manera de epílogo)

Las llaves cayeron al suelo. Trató de guardarlas en el bolsillo de su pantalón, pero se deslizaron por el borde de su jean.

Subió las escaleras cubriéndose un lado del torso. La sangre se estaba secando entre sus dedos. Le costaba demasiado seguir la pendiente que mostraba ese camino, como si cada escalón fuese una montaña de madera.

Su madre lo interceptó cuando estaba a un par de metros de cumplir con su destino.

– ¿Qué te pasó? ¿Qué vas a hacer? —le dijo mientras le sacaba el brazo para ver la magnitud de su herida.

– Suéltame. Tengo que hacer una última cosa.

Tacher alejó a su madre. Abrió la puerta de la habitación de Taís. Entre la oscuridad y el olor a guardado divisó la fortaleza. Se acercó para empezar a sacar las cajas una por una con mucho cuidado. La desesperación de verla lo estaba ganando. Tumbó las que quedaban mientras gritaba de dolor. El padecimiento terminó cuando sus ojos se pudieron posar en ese cuerpo, que iba perdiendo la forma de bulto para convertirse en lo que Tacher más quería. La levantó con las pocas fuerzas que le quedaban y la salvó del encierro que Taís misma se había infligido.

Cuando salieron de la alcoba, su madre cayó sobre sus rodillas mientras gritaba cosas que ninguno de los dos pudo entender.

El peso del mundo ya no estaba sobre los hombros de Tacher; ahora solo cargaba a Taís mientras pequeñas gotas rojas, que iban aumentando en dimensión, dejaban un rastro cuando se alejaban